



UN SUEÑO HECHO REALIDAD A TRAVÉS DEL AMOR A LA MEDICINA

LA BIOGRAFÍA DEL DOCTOR PLANAS, QUE REVOLUCIONÓ LA PRÁCTICA MÉDICA, RECORRE UNA ÉPOCA EN LA QUE LA CIRUGÍA DABA SUS PRIMEROS PASOS

ADIÓS AL PROFESOR. La vida de Jaime Planas, sin duda, parece una tragedia griega, donde el héroe, más allá de su trágico destino, lucha con fuerza y alma en el viaje hacia su objetivo. Así fue la vida de Jaime Planas. La de un luchador incansable que supo rodearse de buena gente y de gente buena que lo amó y siguió hasta el fin. La vida del profesor Planas transcurre plácidamente. Su vocación ha sido saciada con gusto y el reconocimiento es más de lo que él habría esperado jamás. Se sentía afortunado, en palabras del padre Juncosa. Tenía una familia, una mujer y un sueño. Los cursos y los viajes, las conferencias y los congresos eran el modo de mantener viva su mente, que nunca se apagó. Los que lo conocieron destacan de su persona lo afable



Sueños cumplidos. Memorias. Dr. Jaime Planas. Editorial Planeta. 205 páginas.

que era con todo el mundo y la capacidad de interesarse de verdad por el trabajo ajeno. El doctor Masiá nos confiesa que el profesor fue una persona inquieta y devota de su profesión hasta el final: «Era un apasionado de la cirugía

reconstructiva y, muchas tardes, discutíamos técnicas nuevas. Alguna vez bajaba al quirófano con su cámara, tomaba fotos de las intervenciones y las comparaba con otras que había sacado en los años cincuenta».

Se sentía cómodo con las personas que le transmitían conocimiento. Su hijo Javier siempre recuerda las palabras de su padre: «No temas a la competencia, teme a la incompetencia», ya que al profesor, amante de la formación, sólo le preocupaba que profesionales sin los conocimientos adecuados pudiesen desprestigiar la especialidad. Jaime Planas nunca renunció a su sueño ni a su pasión. Combinaba la docencia con la práctica de la especialidad. Aunque, poco a poco, la docencia fue ganando terreno. Si bien

seguía absolutamente lúcido y nunca había tenido tanta experiencia, sabía hasta dónde podía llegar y, cuando el paso del tiempo empezó a hacer mella en sus facultades físicas, fue dejando el bisturí, aunque nunca la sala de operaciones. A propósito de esto, su hijo Jorge nos recuerda que su padre le dijo un día: «Cuando empieza el sufrimiento, acaba la diversión. Y ésta es una profesión para disfrutarla y no para sufrir, cuando sufras y no disfrutes será el momento de dejarla». Así que poco a poco fue delegando en sus pupilos e hijos la misión que, con tanto ímpetu, había sido el eje de su vida. Engendrar proyectos era una de las válvulas de escape del doctor Planas, que siempre andaba cavilando qué podía hacer, encontrando siempre una

respuesta u otra. Con frecuencia, recibía a amigos de todo el mundo en su casa. Las reuniones sociales eran una tónica y siempre estaba dispuesto a una buena charla después de cenar. Su mujer, gran anfitriona, sabía cómo hacer sentir a cualquiera como en su casa, y da fe de ello el doctor Cabrera, gran amigo del profesor, que nos cuenta uno de los encuentros más raros que vivió jamás: «Hacia finales de los años setenta, en una de las muchísimas visitas que hice al doctor Planas, me sorprendió que me invitara a conocer un lugar nuevo. No sabía de qué se trataba. La curiosidad no fue nada comparado con lo que me encontré. Me llevó al cementerio de Sarriá, en Barcelona, y cuando le pregunté qué hacíamos allí, me contestó que me iba a enseñar dónde estaría enterrado cuando muriera. Lo dijo de una forma tan alegre, tan jovial, que me dejó con la boca abierta. ¡Una tumba! ¡Me llevó a ver su tumba!». Y es que no temía a la muerte. Probablemente, haber visto tantas muertes en la guerra, su fe y su incansable vida, de la que decía sentirse tremendamente afortunado, lo llevaban a pensar que en el momento de su partida habría vivido más que la mayoría de las personas.

**Extracto de 'Sueños cumplidos. Memorias'*



El doctor Planas, retratado junto a sus tres hijos en los jardines de la clínica. PLANETA